



LOS POLLITOS DE COLORES

MARÍA FRAGOSO (TEXTOS)
MICHELLE VELOZ (ILUSTRACIONES)

Los pollitos de colores

Primera edición, 2022

Colección: Alas de Lagartija

© María Fragoso Mora, por los textos.

© Michelle Veloz, por las ilustraciones.

D.R. 2022 de la presente edición:

Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional
de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces
Paseo de la Reforma 175, 5° piso, Col. Cuauhtémoc,
Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México.

www.cultura.gob.mx

www.alasyraices.gob.mx

Coordinación editorial y edición: Bruno Aceves Humana.
Cuidado editorial: Nayely Hernández Orozco. Corrección de estilo:
María del Carmen Salazar Flamenco. Diseño de colección:
Frida Solano Martínez. Formación: Sofía Escamilla Sevilla.

Se utilizaron las fuentes Clarendon y Montserrat.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son
propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural
Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por
cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización
por escrito de la Secretaría de Cultura.

ISBN en trámite

ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México

LOS POLLITOS DE COLORES

MARÍA FRAGOSO (TEXTOS)
MICHELLE VELOZ (ILUSTRACIONES)



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL

alas raíces



ESTRATEGIA
NACIONAL DE
LECTURA



1. El viejo que vendía pollitos

Un hombre delgado con la cara arrugada y las manos bronceadas se sentó en un banquito junto a la escuela. Su rostro parecía que estaba hecho de madera porque a lo largo de los años el sol se lo había curtido. Había algo más en aquel viejo: sus ojos parecían caerse cada vez que alzaba la vista al cielo; eran los ojos de un hombre triste.

Bajo el brazo de aquel hombre tan viejo había una caja de cartón amarrada con un lacito de tela. El viejo puso la caja frente a él y esperó a que la chicharra anunciara la hora de la salida.

Entre los muros color amarillo comenzaron a escucharse las voces que llamaban a sus amigos; voces inquietas que estaban hambrientas de llegar a la casa y ver a su familia. La onda de vocecitas se expandía por afuera de los muros y la reja de colores no tardó en abrirse.

En torno a la entrada principal se reunían las madres y los padres. Muchos se ponían un periódico sobre la cabeza para que el sol de mediodía no les quemara la frente. Unos se ponían de puntillas para ver si alcanzaban a ver a su respectivo hijo o a su hija. Otros más revisaban el teléfono que tenían entre sus manos. En la calle también se ponía el jovencito que vendía paletas de hielo o la mujer que tenía un carrito lleno de dulces.

La directora se dirigió a la puerta principal. Era una señora grande y solemne. Se colocó en la entrada con el micrófono en la mano y los niños comenzaron a salir.

Las madres y los padres de familia ya habían visto al viejo. Muchos desconfiaron al principio y tomaban de las manos

a los niños para esquivar al viejo sentado en el banquito. Algunos pensaron que pedía dinero y otros que estaba loco.

Fue, entonces, cuando el viejo supo que era el momento correcto para lo que iba a hacer a continuación: tomó la caja de cartón que tenía frente a él, desató el lacito y abrió la tapa.

De pronto las madres y los padres, los niños y las niñas voltearon y asomaron la cabeza para ver qué contenía la extraña caja de aquel viejo.

¡Eran pollitos, pollitos de muchos colores!

En la caja, bolas de plumas multicolores piaban y piaban; los pollitos se arremolinaban unos con otros adentro de la caja, era un arcoíris tibio de pequeñas aves pintadas de morado, de azul cielo, de verdes, como las plantas; naranjas brillantes, rojos, incluso, ¡y rosas también!

No tardaron en escucharse los gritos de ternura y las palabras de sorpresa. Niñas y niños veían aquella caja y espontáneas sonrisas surgían en sus rostros. Sorprendidas, las madres se ponían las manos en la cara y los padres se rascaban la cabeza preguntándose de dónde habían salido esos pollitos.

—¡Qué bonitos se ven! —Decían los curiosos.

—¡Son de muchos colores!

Al viejo se le dibujó una sonrisa en el rostro; alzó la mano y levantó dos dedos:

—Veinte pesos, veinte pesos cuesta cada pollito de color.

Como si fuera un truco de magia, varios niños, dirigiéndose a su papá o mamá, dijeron:

—¡Yo quiero uno! ¡Yo quiero un pollito de color!

—Mami, ¿me compras un pollito?

—Papá, yo quiero un pollo.

Los monederos y las carteras comenzaron a salir y las madres les preguntaban a sus hijos:

—¿De qué color quieres tu pollito?

—¿Ya escogiste el tuyo?

—Toma este billete y dáselo al señor.

Incluso el jovencito de las paletas de hielo y la mujer del carrito de dulces se asomaban para ver los colores que tenían los pollitos. Pasaron los minutos y las monedas iban y venían, mientras la caja se iba quedando sin pollitos.

Los niños se alejaban de la escuela con una bola llena de plumas entre las manos y las sonrisas los perseguían hasta que llegaban a la casa.

Cuando el último de los niños se llevó al último de los animales, el viejo se levantó de su banco y tomó la caja vacía. De pronto se dio cuenta de que un rostro curioso lo estaba mirando. Se trataba de un niño flaco y con el cabello despeinado, cuyo copete, curiosamente, era de color amarillo.

—Y usted, ¿por qué vende pollitos? —Le preguntó el niño. El viejo no supo qué responder.

—¿Dónde está tu mamá, niño?

El viejo recogió su banco y se dispuso a irse de ahí, pero el niño no le respondió y comenzó a seguir sus pasos.

—Y usted, ¿por qué vende pollitos? —Le volvió a preguntar el niño.

El viejo empezaba a molestarse al verse perseguido por un niño tan insistente. Pensó que si le contestaba el niño tal vez se iría de ahí y lo dejaría en paz.

—Porque tengo que comer, niño, por eso vendo pollitos de colores.

—¿Y por qué no mejor se come a los pollos? A veces los pollos se comen.

—Porque si los pinto y los vendo, tendré más dinero para comprarme más cosas de comer.

Pero el niño parecía no entender lo que le decía el viejo y se dispuso a seguirlo durante varias calles más. El viejo supuso que aquel niño se iba solo a su casa y, por lo tanto, no tenía a algún adulto que lo estuviera buscando.

—¿Y cómo pinta a los pollitos? —Volvió a preguntar el niño de puntas amarillas.

—Si te digo cómo pinto a los pollitos, ¿me vas a dejar en paz?

—Sí —le respondió el niño—, se lo prometo.

—Muy bien. Pues es muy fácil... —comenzó a decir el viejo.

—Cuando acaban de salir del cascarón los pongo en un plato enorme, donde pongo también los colorantes, un poquito aquí y un poquito allá. ¿Has visto cómo las señoras se

pintan el cabello en el salón de belleza? Pues básicamente utilizo los mismos ingredientes para pintar a los pollitos.

El niño arrugó la nariz:

—¿Le pone esas sustancias que nos dan comezón en la nariz?

—Así es —le respondió el viejo.

—Pero entonces... ¡les hace daño! —Exclamó el niño.

Nuevamente, el viejo no sabía qué contestarle a ese niño con el cabello tan extraño.

El niño siguió hablando:

—Los químicos les hacen daño a los pollitos recién nacidos, ¿no cree que eso puede ser tóxico para ellos?

El viejo sintió que los ojos se le caían e incluso olvidó que el niño estaba junto a él. Una profunda tristeza se dibujó en su cara curtida por el sol.

—Me quedé sin trabajo cuando ya no era bueno para hacer nada, niño —dijo el viejo—. Trabajaba en una fábrica, usaba muchos químicos todos los días y cargaba los costales de aquí para allá. Pero, llegó un día en el que me dijeron que estaba viejo, muy viejo, y me echaron del trabajo. Me sentía muy triste. ¡De pronto yo ya era demasiado viejo para hacer algo! Luego me di cuenta de que a los niños en las escuelas les gustaba comprar cualquier cosa, cuando salían de sus clases...

—Como dulces o paletas de hielo —dijo el niño dándole la razón.

—¡Sí! Y yo sabía cómo usar las pinturas y los químicos, así que me pareció una buena idea.

—¿Y no pensó en que eso podía hacerles daño a los pollitos?
¡Son seres vivos!

—Niño, yo estaba muy desesperado. Mi casa tiene un techo de lámina y la puerta está a punto de caerse. Necesito ganar dinero para poder comprar mis alimentos y poder vivir.

—¿Y puede ganar dinero de otras formas? —preguntó el niño del copete amarillo clavándole la mirada.

El viejo sintió que la tristeza lo inundaba de nuevo. Se sentía mal de haber sido echado del trabajo que había tenido durante tantos años. Cerró los ojos y se acarició la cara un momento. El niño le estaba haciendo preguntas cada vez más difíciles. Quiso responderle, pero cuando abrió los ojos, el niño del copete ya no estaba.

El viejo llegó a su casa con la caja vacía y con la cartera llena de monedas y billetes; había sido un buen día de venta, era la primera vez que iba a vender pollitos a esa escuela. Sin embargo, no dejaba de pensar en el niño que lo había seguido. Se preguntó si acaso el niño tenía razón, si acaso su necesidad de ganar dinero justificaba pintar pollitos recién nacidos.

No fue una buena noche para el viejo, pues tuvo sueños extraños en los que los pollitos de colores se hacían gigantes y metían al viejo en una cacerola para pintarlo y reírse de él. Al final del sueño, un pollito pequeño y amarillo se acercaba a él y le hablaba. Del pico del animalito salió la voz del niño que le decía muy serio: “¿Y usted por qué vende pollitos?”

Al día siguiente, el viejo salió de su casa con la misma caja de cartón bajo el brazo. El sol de mediodía ya casi anunciaba la salida de los niños y él se acercó a los muros amarillos de la escuela.

Donde se había sentado el día anterior había un pollito amarillo. No estaba pintado. El viejo llegó a pensar que aquel animalito tenía un copete. No podía entender cómo el pollito había llegado hasta ahí.

Cuando la directora se colocó en la entrada de la escuela con el micrófono, el viejo se acercó a ella. La mujer alzó las cejas cuando el viejo le tendió la caja y la abrió: adentro había un montón de pollitos con el plumaje brillante y amarillo que no había sido pintado.

—Tengo una idea para usted, amable señora —le dijo el viejo.

La directora miró al viejo con curiosidad y lo invitó a pasar a su oficina, mientras otra maestra se hacía cargo del micrófono. Fue cuando el viejo le contó su idea: quería poner un corral, un corral pequeño donde el viejo pudiera cuidar a sus pollos en tanto los niños aprendían a cuidarlos. El viejo le mostró los pollitos a la directora; también dibujos y bocetos del corral. Cuando el hombre alzó la vista, la directora le lanzó una sonrisa grande y sincera. ¡Le había parecido una idea maravillosa! De inmediato acordaron el trato: el viejo se encargaría de construir el corral de los pollitos y la escuela le pagaría por volverse el cuidador.

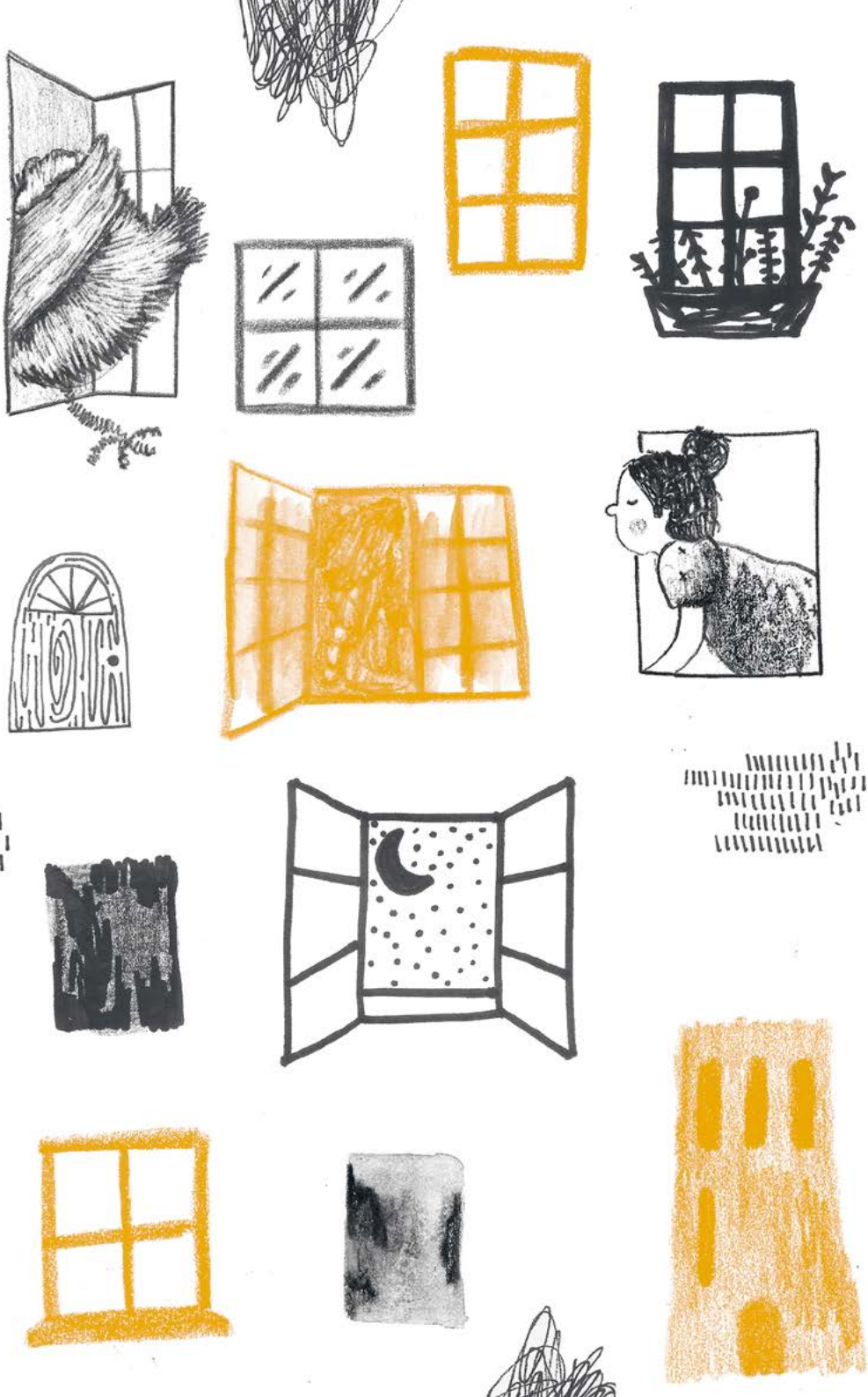
Cuando el viejo salió de la escuela, vio que donde había estado el pollito estaba el niño del copete amarillo.

—¿Y usted, por qué vendía pollitos? —insistió el niño.

Entonces el viejo supo exactamente qué responderle:

—Para darme cuenta de mi error: se puede vivir sin hacerle daño a un ser vivo.

El niño y el viejo se sonrieron cómplices.



2. Moradito

Cuando vi la caja repleta de pollitos no dudé en exclamar:

—¡Papá, cómprame un pollito!

Papá estaba tan ocupado hablando por teléfono que no me escuchó. Pero como yo era muy insistente y no me daba por vencida tan fácilmente, comencé a jalarlo y a jalarlo del saco.

—¿Qué pasa, Ana?

—¡Cómprame un pollito!

—¿Cuánto cuestan los pollitos?

Papá no esperó la respuesta, sino que sacó un gran billete de su pantalón y me lo dio.

—Yo quiero uno color morado —le dije.

El viejo tomó uno lila y me lo acercó a las manos:

—El color morado —dijo—, en todos sus matices, es un color mágico.

—¿Este pollito es mágico? —Le pregunté muy seria.

—Eso depende de ti —me contestó el viejo.

Pero yo sabía que eso era una mentira, que la magia no existía y que los pollitos podían ser muchas cosas, pero no magia.

Al principio, cuando aquel viejo levantó la tapa, me sorprendí mucho de que alguien vendiera pollitos. Me parecía que aquellos animalitos no tenían mucha gracia, que sólo eran unas bolas de plumas que piaban tanto que podían perforarme los oídos. En eso estaba pensando cuando todos mis compañeros de clase se acercaron a la caja, con los ojos bien abiertos. Fue tanta su emoción que todos los niños y las niñas comenzaron a comprarse uno y cuando los tuvieron en sus manos los abrazaban con ternura.

—¡Qué bonitos están! —Dijo mi amiga Inés.

—¡Nunca había tenido una mascota! —Dijo mi amigo Nico.

—¡Son muy suavecitos! —Dijo mi amiga Karina.

Los pollitos se habían convertido en la sensación del momento. Tanto hablaban de ellos que comencé a sentirme extraña de ser la única que no sentía lo mismo.

—Ana, ¿tú no quieres comprarte uno? —Me preguntó Karina antes de irse.

Y como yo no quería que los demás se dieran cuenta de mi opinión, me volteeé a papá y le dije que me comprara un pollito.

Cuando llegué a mi casa, puse al pollito en el escritorio de mi habitación y me quedé viéndolo fijamente. ¿Qué iba a hacer yo con un pollito como mascota?

Pasaron los días y mis amigos y todos los niños de la escuela nos hacíamos la misma pregunta:

—¿De qué color es tu pollito?

—Morado. Era el único pollito morado que había —decía yo muy orgullosa—. Además, el color morado es mágico. Eso me dijo el viejo que los vendía.

—¿Entonces tu pollito es mágico? —Me preguntó Nico.

Yo contestaba que sí. Sólo que, en el fondo, dentro de mi cabeza no estaba segura si era mágico, ni si era el único pollito morado del mundo. Incluso, cuando observé que los otros niños hablaban maravillas de sus pollitos, yo ni siquiera sabía si quería tanto a mi pollito como los demás.

Lo había nombrado Moradito porque no se me ocurrió ningún otro nombre. De hecho, me llegaba a fastidiar un montón. Hubo un día en que llegué de la escuela y encontré que mi habitación estaba llena de caca de pollo, ¡tuve que limpiar a conciencia para que el olor se fuera de ahí! Otro día Moradito no dejaba de piar, pero nadie lo podía encontrar; papá y mamá se pasaron toda la tarde buscándolo hasta que lo encontré atorado detrás del refrigerador. Por las noches, Moradito no se cansaba de piar e interrumpía mis sueños, ¡yo sentía que estaba empezando a alucinar!

Por esas razones, yo no podía entender cómo era que un ser tan pequeñito pudiera demandar tanta atención y tanto trabajo. Una noche en que Moradito no se callaba, me levanté de mi cama y puse al pollito en el escritorio para hablar con él muy seriamente:

—¿Puedes dejar de hacerte caca por mi habitación? —Le pregunté. Y el pollito me respondía, piando.

—¿Puedes guardar silencio por las noches? —Y el pollito volvía a responderme, piando.

—A mí me dijeron que eras mágico, ¿por qué no me demuestras que eres mágico?

Y el pollito se calló. Entornó su diminuta cabeza como si me observara detenidamente y ¡comenzó a flotar!

Yo no entendía nada de lo que estaba pasando.

Moradito se acercó a mí y tocó mi nariz. De pronto, mis manos se alzaron al cielo y mis pies se movían ligeros. ¡Yo estaba flotando también!

—¿Esto lo estás haciendo tú?! —Le pregunté muy sorprendida. Y el pollito me respondió, piando. Creo que también me guiñó un ojo.

Sin que me lo hubiera podido imaginar, el pollito me hizo atravesar la ventana y nos sumergimos en la noche, alzamos el vuelo hasta las estrellas y de pronto todo el cielo comenzó a pintarse de colores. ¡Yo no podía creerlo!

Adiviné que estábamos viajando a través de las estrellas y que Moradito me llevaba a algún lugar.

El pollito morado pió una sola vez.

—¿Por qué no creías que era mágico? —Me preguntó el pollito en perfecto español.

—¡Por que los pollitos no tienen magia! —Exclamé con más sorpresa.

—El mundo está lleno de magia —me dijo Moradito—, es sólo cuestión de querer encontrarla.

Después del pintoresco viaje a través de los colores y las estrellas, Moradito me llevó de nuevo a mi habitación. En ese momento supe que él ya había hecho lo que tenía que hacer conmigo y con mi cabeza llena de preguntas. Volteé

a ver al pollito morado que seguía aleteando frente a mi nariz y le dije:

—Te voy a extrañar mucho ahora.

Y el pollito morado pió una sola vez más antes de desaparecer en la noche.

Al día siguiente, a la hora de la salida, el viejo no estaba. Sin embargo, todos mis compañeros se esmeraban en llevar a sus pollitos para jugar un rato con ellos.

—¿Por qué no trajiste a tu pollito, Ana? —Me preguntó Karina cuando vio que yo no llevaba a Moradito. Yo le respondí con una gran sonrisa:

—Se fue flotando. Resulta que sí era mágico.



3. Hoy vamos a ser pajaritos

A Bruno no le gustaba levantarse tan temprano, por lo que se quedaba un par de minutos más entre las sábanas; mientras que Clara, su hermana pequeña, abría los ojos y se despertaba de inmediato, tenía tanta energía que podía ponerse a correr por toda la casa sin que se diera cuenta de que eran las siete de la mañana.

Su mamá se levantaba antes que ellos. Primero se daba un baño se llenaba el cuerpo de cremas y de perfumes y se vestía; después, prendía la cafetera y se disponía a hacer los panqueques para los niños.

Mientras Bruno y Clara desayunaban los panqueques con fruta y jugo de naranja, su mamá se terminaba de cepillar el cabello y acomodaba su gran bolso. El bolso de mamá siempre se veía lleno, de vez en vez sobresalían un par de pinceles, brochas, listones e, incluso, mapas, papel de regalo o cintas de medir. Una vez, Bruno se dio cuenta de que del bolso se asomaban los dibujos que él y Clara le habían hecho a su mamá en su cumpleaños.

—¡Apúrense que vamos a llegar tarde! —Decía mamá todos los días, como si fuera una costumbre, aun cuando el reloj indicara lo contrario.

Entonces Bruno y Clara se ponían uno a cada lado de mamá y la tomaban de las manos para iniciar la caminata.

—Hoy vamos a ser ranitas, ¿qué les parece? ¿Me ayudan a contar cuántos saltitos necesitamos para llegar?

Eran cinco calles las que debían atravesar para llegar a la escuela y su mamá siempre decía cosas así antes de comenzar a caminar. Unos días decía:

—Hoy vamos a ser leoncitos, ¿me ayudan a saber cuántos rugidos necesitamos para llegar?

Y rugían todo el camino. Otros días mamá decía:

—Hoy vamos a ser caballitos.

Y relinchaban todo el camino.

Mamá hacía eso porque quería que se entretuvieran en la caminata, sobre todo para que Clara no se cansara y no pidiera que la cargaran todo el tiempo. Sin embargo, a Bruno no sólo le gustaba escuchar cómo Clara se divertía con el juego; también le gustaba contar los autos que circulaban o fijarse en la gente que pasaba a su lado, pero lo que más le gustaba era ver el cielo de la mañana mientras iban caminando; eso hacía que la caminata fuera mucho mucho mejor: se imaginaba que si veía mucho el cielo algún día volaría; que flotaría por los techos y que así no tendría que cruzar los semáforos; que llegaría a la escuela como si fuera una hoja flotando con el viento.

Al llegar a la escuela, después de darles besos y abrazos, su mamá les decía que se portaran bien y que los vería a la hora de la salida. Bruno seguía con la mirada el cabello de su madre hasta verlo perderse entre los edificios y los autos.

—¿A dónde se va mamá? —Le preguntó un día la pequeña Clara.

—A trabajar, ¿a dónde más se iría? —Le respondió Bruno sintiéndose muy inteligente.

—¿Y le gusta eso? —Preguntó la niña con la cabeza de lado.

Bruno nunca se lo había preguntado.

Entonces, la mano firme de la directora los tomó de los hombros y los invitó a pasar a sus respectivos salones. Clara, al ser la más pequeña, apenas había comenzado la primaria, mientras que Bruno ya estaba en tercer grado.

Bruno siguió pensando toda la mañana en lo que había preguntado Clara: “¿Su madre estaría contenta en el trabajo?”, “¿qué estaría haciendo?”

Bruno sabía que su madre trabajaba en una oficina, y que esa oficina estaba en un edificio muy alto, pues su madre le contaba que tenía que subir siete pisos para poder llegar a su despacho. “¿Mamá se cansaría de subir tantas escaleras?”, “¿el bolso gigante le pesaría mucho?”

Cuando inició la clase de matemáticas, Bruno ya había terminado sus ejercicios y se puso a observar el gran ventanal que dejaba ver cielo. El mediodía inundaba de luz los pupitres de los niños y los árboles se sacudían por el aire fresco.

Sonó la chicharra del receso. A Bruno lo habían invitado a jugar con la pelota, pero él respondió que primero quería sentarse un rato. Se comió su sándwich de jamón y queso y luego algo lo hizo alzar la vista al cielo.

“¿Estará muy lejos el trabajo de mamá?”, —se preguntó una vez más, y decidió que era mejor buscar las respuestas que quedarse todo el día con las preguntas. Dejó su lonchera en la banquita del patio y cerró los ojos. Los cerró tan fuerte que el cuerpo le empezó a pesar menos y el viento le hizo caricias en las mejillas. ¡Bruno estaba flotando!

Los niños del patio se le quedaron mirando con los ojos bien abiertos, y uno que otro le aplaudió la gran hazaña.

—¡Ése es mi hermano! —Dijo Clara entre los niños de su salón.

Y sin que nadie le respondiera, los brazos de Clara empezaron a elevarse y cuando menos se dio cuenta ya estaba en el aire, con su hermano, meciéndose en el cielo.

Atravesaron calles y semáforos en movimiento, por entre los techos; Bruno veía a las personas caminar de un lado a otro de la calle. Veía mujeres con bolsas de compras, jóvenes en patineta, una pareja de viejos con bastón.

—¿Ya viste que no hay niños en la calle? —Le dijo Bruno a su hermana, mientras el aire los llevaba con suavidad.

—¡Es que están en la escuela! —Le respondió Clara.

Transportados por el viento llegaron a un edificio grande y muy alto. No era como los otros edificios, pues éste estaba pintado de muchos colores y tenía las ventanas repletas de papeles.

El viento los llevó a una ventana por la que se asomaba el cabello brillante de una mujer que estaba frente a un escritorio lleno de muchos, muchos libros.

—¡Mamá! —Gritaron Bruno y Clara.

Ella no lo podía creer. Feliz, sacó casi todo el cuerpo por la ventana y abrazó a sus niños con una sonrisa enorme.

Mientras Bruno y Clara veían su oficina llena de libros y los dibujos que ellos le habían hecho, su mamá les explicaba

que su trabajo consistía en hacer libros para que los niños aprendieran todas las cosas del mundo.

Bruno nunca había visto a su mamá tan contenta como aquella vez en que les contó sobre su trabajo.

—¡Ya acabó el receso, ya tenemos que volver a la escuela!
—Gritó Clara agitando los brazos.

Se volvieron un abrazo gigante y el viento comenzó a mecer a Bruno y a Clara encaminándolos hacia la escuela. Pero antes de que los niños se fueran volando otra vez, su mamá les preguntó:

—¿Cómo fue que me encontraron?

Y Bruno le respondió con una gran sonrisa:

—¡Hoy quisimos ser pajaritos!



4. Blu-Blu

Me metieron a clases de inglés hace dos años, cuando estaba más chico.

Mamá dijo que era importante aprender otros idiomas, pues son como boletos de autobús que te llevan a todas las partes del mundo. Aunque las clases de inglés me cansaban y el profesor decía muchas palabras que no entendía, yo quise seguir aprendiendo para ver si algún día podría ir a visitar a mi papá.

Mi papá se había ido al Norte. Le ofrecieron un trabajo en el país que está encima del nuestro. Él fue hace como cinco años y todavía me acuerdo cómo se vestía, a qué olía, cómo era su voz.

Bueno: su voz no es difícil de recordar; hablaba con él cada tanto tiempo, sobre todo en mi cumpleaños o en el día del Padre, cuando mamá me pedía que me acercara a la mesita del teléfono y me lo ponía en la oreja. Entonces papá me saludaba como siempre:

—¡Hoooooola, guerrillero! —me decía. Parecía que estaba muy feliz, como si de pronto tuviera mucha energía. Conforme fue pasando el tiempo a mí se me ocurría preguntarle más cosas del lugar donde él vivía. Quería saber qué comía, cómo pasaba el tiempo, qué hacía los fines de semana...

Cuando papá vivía aquí jugábamos en el parque algunas tardes; uno de mis juegos favoritos era el de los “Guerrilleros”. El juego consistía en hacernos pasar por personas que podían realizar cualquier acrobacia o ejercicio. Por esa razón éramos guerrilleros, porque bien podíamos escalar la

montaña más alta en el tobogán, o cruzar el desierto más árido en los días calurosos.

Por eso quería saber qué hacía papá en las tardes, quería preguntarle si seguía jugando a los "Guerrilleros". Yo lo hacía, a veces, cuando mamá no estaba muy cansada y me podía llevar al parque.

—Te voy a contar qué hago en las tardes —me dijo mi papá—, cuando tú aprendas a hablar en inglés, Darío.

Yo le pregunté por qué tenía que hacerlo y él sólo me respondió:

—Porque aquí hablamos en inglés, ¡claro que sí! Y algún día vendrás a verme.

También por ese motivo ya no iba tanto al parque. Haber sustituido el juego de los "Guerrilleros" por las clases de inglés no me hacía el niño más feliz del mundo pero era la única condición que papá me había impuesto y también era el boleto directo para ir a verlo.

El día en que conocí a Blu-Blu mamá me había levantado muy temprano:

—¡Adivina quién nos hablará por teléfono hoy en la tarde, Darío!

Tardé en darme cuenta de que la sonrisa de mamá se debía a que escucharía la voz de papá sin ser mi cumpleaños y sin ser el día del Padre. Me inundó la felicidad todo el cuerpo, de pronto me dieron muchas ganas de ir a la escuela y de que la clase de inglés se pasara rápido.

Cuando dejé atrás la reja de colores de la escuela vi que mamá llevaba algo entre sus manos.

Era un pollito, un pollito azul.

—¿Cómo le vas a llamar? —Me preguntó.

—*Blue* —le dije, pero ella no me entendió hasta que le expliqué—. Significa "azul" en inglés.

—¿Te gustó tu regalo? —Me preguntó al final, mamá.

Yo estaba muy entretenido tomando a la pequeña ave color azul. Mamá dijo que se escuchaba mejor decirle Blu-Blu y a mí no me quedó más remedio que seguirle la corriente.

—Qué bueno que te guste tu regalo... te podrás pasar la tarde jugando con el pollo.

—¿No íbamos a hablar con papá?

Y el rostro de mamá cambió, se le borró la sonrisa y se puso muy seria:

—Está ocupado, mejor no hay que molestarlo.

Cuando llegamos a la casa, algo se me había roto. Era como si de pronto las ganas de jugar o de ir al parque hubieran quedado sepultadas. Me recosté en el piso del comedor, mientras veía a Blu-Blu caminar por su nueva casa. De haber podido hablar, le hubiera preguntado si él también sabía hablar inglés.

—¿O al menos sabes jugar a los "Guerrilleros"?

Y Blu-Blu me respondió piando y batiendo las alas, entornando la cabeza y parpadeando al ritmo de sus pasos.

Entonces se me ocurrió: tomé a Blu-Blu entre mis manos y nos decidimos a lanzarnos a la aventura. Me acerqué a la

mesita donde estaba el teléfono y leí cada papel, cada libreta, cada número telefónico hasta encontrar el que decía el nombre de mi papá. Mamá lo tenía bien guardado debajo del teléfono.

Con Blu-Blu entre las manos, esperé a que la marcación sonara una y otra vez.

—Hello? —Respondió una voz. No era alegre, no estaba llena de energía, sino todo lo contrario, era una voz cansada que arrastraba las palabras. Aun así, yo sabía que era la voz de papá.

—*I have a chicken called Blu-blu!*

—¡Darío!

—¡Papá me reconoció de inmediato! —grité.

Nos quedamos hablando por un largo rato, horas. Cuando mamá se dio cuenta de lo que había hecho, me abrazó en silencio y me dejó quedarme pegado al teléfono, aunque ella no entendiera las palabras que salían de mi boca. Yo sabía hablar en otro idioma y ahora estaba cerca de mi papá.

Al estar ahí hablando con él yo ya había atravesado el país, había atravesado las montañas más altas, los desiertos más áridos, los mares más inquietos y vencido a las bestias más salvajes... todas pintadas de azul.

5. Cuando acaban de nacer

Estela había visto nacer a muchos animales en la granja. De hecho, a casi todos. Sabía tanto de los animales que su papá siempre decía que ella sería la dueña de la granja algún día.

Por eso, todos los días, después de la escuela y las tareas de la casa, Estela se apuntaba a ayudar a su papá con las tareas de la granja. Le gustaba dar de comer a los conejos, guiar a los borregos hacia la hierba buena y también disfrutaba de acompañar a su papá cuando nacía un ternero.

Estela conocía casi todo de la granja y se sentía muy orgullosa de ello.

Aquel día, su papá le había pedido que le ayudara a limpiar el corral de los pollitos. Se metió a la gran bodega donde estaba el corral y se puso a inspeccionar. Revisó con cuidado los gallineros y luego tomó una escoba para barrer tooodo el desperdicio que los pollos habían hecho. Estaba barriendo cuando se encontró con un pequeño nido que alguna gallina descuidada había dejado en medio del suelo.

Cuando se acercó se dio cuenta de algo: ¡los cascarones de ese nido estaban rompiéndose, los pollitos estaban naciendo!

Se acercó un poco más para poder disfrutar de ese espectáculo que le daba la naturaleza. Dejó la escoba a un lado y fijó sus ojos en los cascarones. Eran siete huevos; uno a uno se fueron rompiendo y de dentro salían los pollitos pelados y rosas que empezaban a abrir los ojos por primera vez.

Sin embargo, un cascarón no terminaba de romperse. El pico del naciente pollito se había asomado y había hecho



una grieta en la corteza. Estela se dio cuenta de que estaba tardando mucho, pues pasaban los minutos y el pollito no terminaba de aparecer. Así pasó el tiempo ¡hasta que Estela supo que había estado una hora entera! Una vez, su papá le dijo que las aves se toman su tiempo cuando rompen el cascarón, sin embargo, ¡ya había pasado mucho tiempo para Estela!

Entonces, se le ocurrió una idea. Se acercó con cuidado al cascarón y lo tomó entre sus manos, pudo sentir que el pollito adentro se estaba revolviendo. Tal vez tenía muchas ganas de salir ya, así que no lo pensó más y con sus dedos comenzó a abrir el cascarón para ayudar al pollito que estaba adentro. Primero, con cuidado y, después, con más fuerza.

La bolita rosa salió desprendida, tambaleándose, pero sólo duró unos segundos hasta que se sentó en el piso y se quedó inerte.

Estela no entendía nada, lo tocó con un dedo y el pollito no respondió; lo tocó con otro y tampoco. Entonces, se dio cuenta con horror de lo que había pasado: ¡el pollito estaba muerto!

Los ojos se le llenaron de lágrimas y la cabeza de dudas. No entendía qué había salido mal; se levantó de inmediato y se fue corriendo en dirección a su casa, atravesó el corral de las gallinas, el de los borregos, y el de las vacas hasta encontrar las piernas de su padre. Agitada, abrazó con fuerza.

—¿Qué pasa, hijita? —Le preguntó preocupado su papá.

—¡Ayudé a que un pollito naciera, pero se murió! —Dijo Estela con la cara inundada de lágrimas.

Entonces su padre la tomó de los brazos y le dio un gran abrazo.

—Ven, llévame hasta ese pollito.

Su papá la tomó de la mano y ambos entraron en el corral de los pollos, entre píos y aleteos. Él se encargó, con delicadeza, de levantar al pollito muerto y echarlo a la composta.

—La naturaleza es muy sabia, Estelita —comenzó a decirle su papá—, y los seres humanos estamos hechos para cuidarla.

—¡Yo quería cuidarla! —Exclamó Estela y volvió a romper en llanto.

—Sí, pero debemos saber cuándo meter nuestras manos. Como te digo, a veces, la naturaleza es tan sabia que no nos necesita.

—¿Por qué se murió el pollito? —Preguntó Estela más calmada.

—Porque los pollitos tienen su propio ritmo para romper el cascarón. Tienen que hacerlo poco a poco porque si no se mueren de frío. ¡Es como si tú salieras al aire, después de bañarte!, te podrías enfermar muy gravemente.

Gracias a las palabras de su papá Estela se logró calmar y entendió lo que había pasado: la ayuda que había brindado al pollito no había sido la adecuada. Su papá le limpió la cara y le dijo que sería un buen momento para prepararse una infusión de hierbabuena. Mientras estaban calentando el agua y poniendo las galletas de mantequilla en un plato, a Estela le surgió una pregunta:

—¿Y cómo podemos ayudar a la naturaleza? Tú me dijiste que los humanos estamos aquí para cuidarla.

Su papá sirvió las dos tazas y le pidió a Estela que lo siguiera. Atravesaron todo el patio, dejaron atrás el corral de los

pollitos y a los borregos; pasaron de largo por entre las vacas y también por las conejeras. Caminaron hasta que encontraron la cerca de madera que delimitaba la granja.

—La naturaleza, Estela, la cuidamos al querer comprenderla; al conocerla de cerquita y respetándola siempre.

Estela le dio un sorbito al té y un mordisco a la galleta.

—Como lo que hacemos nosotros —dijo con mucha confianza.

—Como lo que hacemos nosotros —le confirmó su papá.

Cuando el atardecer llegó, Estela sabía que lamentaba haberse equivocado con aquel pollito recién nacido. Sin embargo, lo pensó un poco más y entendió algo: ella había roto el cascarón de lo que creía saber y ahora creía comprender un poco más lo que le rodeaba.



6. Clorofila

Ese día yo no había ido a la escuela, me dolía la garganta y tenía fiebre. Papá me había dicho que se debía a que el día anterior me la había pasado jugando afuera en la lluvia. Yo le dije que no había sido mi culpa, pues estaba investigando la casa de unas hormigas cuando comenzó a llover. ¡Yo no podía parar mi investigación!, descubrir la naturaleza siempre me ha gustado.

Afortunadamente, ni el dolor de cabeza ni el de garganta eran muy fuertes. Así que todo el día me la pasé armando la maqueta que estaba construyendo encima de la alfombra, me había puesto a crear un gran ecosistema donde convivieran dinosaurios, bestias marinas, grandes felinos y reptiles mortíferos..., de vez en cuando venía papá a tomarme la temperatura en la frente.

—¿Ya puedo salir al jardín?

—Que no, Francisco, ¡tienes que descansar y reposar porque así te vas a curar!

Así que me cruzaba de brazos y me ponía a releer mi libro de dinosaurios, o a hojear el libro de tiburones, ¡o mejor el libro de los insectos! Resulta que siempre me gustaron mucho los animales y toda la vida papá me compró libros que trataban de ellos.

—Mira, Fran, ya te está bajando la fiebre. ¿Tienes hambre?, ¿tienes frío? —Me preguntaba papá.

En eso, tocaron el timbre y por la puerta entró mi Tía; llevaba entre sus manos algo muy extraño que yo no alcancé a adivinar. Era algo verde, redondo. Pensé que era un cactus, pero los

cactus tienen espinas; luego que sería una pelota, pero no se veía brillante; ¡una planta!, realmente parecía una planta, pero entonces la cosa verde comenzó a moverse y a batir sus alas.

¡Era un pollito verde!

Mi tía nos contó que se había encontrado con un viejo que vendía pollitos de colores y que me compró uno para hacerme sentir mejor.

—¡Pero ni estoy tan enfermo! —Les reprochaba yo a mi tía y a mi papá.

Y ante mi reproche, el pollito comenzó a piar y a piar, batió sus alas y se desprendió de las manos de mi tía. Sin embargo, como ya lo suponía, el pollito no podía volar y se quedó en el piso frente a mis pies.

—Ahora vas a tener que ponerle un nombre —me dijo papá.

Yo podía conocer a todos los seres del reino animal. Me conocía sus características, me aprendía sus nombres científicos..., pero ahora frente al pollito verde no podía recordar ni una sola cosa. Tal vez hubiera sido más fácil si mi tía me hubiera traído un dinosaurio o un tiburón bebé, quizá lo hubiera podido manejar con un tigrillo o una iguana, ¡mínimo una lagartija! De peces, anfibios y reptiles me sabía todo, ¡absolutamente todo!

El pollito piando me sacó de mis pensamientos: no hacía más que moverse de un lado a otro sin rumbo.

—Te voy a llamar Clorofila —dije muy decidido—, aunque no sé si eres niña o niño.

Pensé que ése sería un nombre muy bueno para un pollito tan pequeño. A fin de cuentas, la clorofila vive en las plantas, y las plantas se quedan quietas y sólo se mueven sin rumbo

al ritmo del viento. Este pollito parecía hacer lo mismo. Así que puse a Clorofila en una caja para que no se fuera a perder por ahí.

—¿No te gustó el regalo de tu tía? —Me preguntó papá cuando mi tía se fue.

—Me hubiera gustado un dinosaurio...

—A ver, vente aquí para que te mida la temperatura.

Papá me puso el frío termómetro bajo la axila y esperamos un poco.

—Bueno, tú quieres ser veterinario, ¿no es así? —Me comenzó a decir papá—. Los doctores como yo tenemos la obligación de atender a todos los pacientes, aunque unos nos agraden más que otros.

Me quedé pensando en las palabras de papá. De alguna manera, eso era cierto: si quería convertirme en un veterinario tenía que saber ayudar a todos los seres del reino animal.

Después de tomarme la temperatura, papá sonrió y me dijo que, ya no tenía fiebre y que al día siguiente podría ir a la escuela sin problema. Luego de tomarme un gran jugo de naranja, estaba decidido a investigar todo lo relacionado con los pollitos verdes.

Sólo que el pollito Clorofila no estaba en la caja donde lo había puesto. Comencé a buscarlo y lo encontré justo en la puerta de mi habitación.

—¡Alto, no entres ahí! —Le grité.

Y el pollito pareció entender lo contrario, pues a pasitos pequeños, pero seguiditos, se metió en mi habitación y yo

estaba muy preocupado: “¡destruiría mi maqueta de animales!”. Entonces corrí con todas mis fuerzas para detener a Clorofila, pero eso ocasionó el efecto contrario: Clorofila comenzó a correr aún más rápido.

¡Fue demasiado tarde para mi pobre maqueta! Mientras perseguía a Clorofila, sus patas de pollo iban arrasando con todos los árboles y todos los animales. De allá para acá batía sus alas y con sus pisadas desesperadas arremetía contra los tiranosaurios y los triceratops.

Aunque veía con tristeza la destrucción de mi maqueta, de pronto algo hizo clic en mi cabeza: Clorofila se movía como un dinosaurio. La manera en que caminaba parecía el ritmo del Tiranosaurio Rex, ¡yo no me lo podía creer!

Sin esperar un segundo más, tomé a Clorofila entre las manos y me fui corriendo a ver a papá.

—¿Los pollos tienen relación con los dinosaurios?! —Le pregunté muy emocionado.

—Vaya, Francisco, ¡soy doctor, no zoólogo!

Y los tres, papá, Clorofila y yo, nos pusimos a investigar. La computadora de papá nos arrojó unas respuestas increíbles: “Científicos afirman que las gallinas pueden ser descendientes directos de los dinosaurios”, y también había otros títulos como: “¡Los pollos caminan como los dinosaurios!”.

¡Yo no podía creer que había llegado a esa conclusión!

Tenía en las manos a un espécimen vivo que se movía como tiranosaurio, piaba como flauta descompuesta y, además, estaba pintado de verde, verde, verde.

Verde como la naturaleza que tanto me gustaba.

7. Ojalá nos volviéramos plumas

Siempre que podían, Gerardo y Hania se reunían en la sombra del árbol. Aquel día era fresco y comenzaba a hacer frío por las noches.

Gerardo no quería estar en su casa porque de pronto había más gritos que abrazos, así que se fue al parque. Hania no quería estar en la suya porque ninguno de sus padres había llegado todavía, y también se fue al parque.

Ni Gerardo ni Hania querían estar solitos. Cuando se encontraron sus miradas bajo la sombra de ese árbol frondoso, una sonrisa de alivio se dibujó en sus caras.

—Ojalá tus papás lleguen pronto —le dijo Gerardo, mientras le daba un abrazo.

—Ojalá tus papás dejen de gritarse —le respondió Hania. Estuvieron un largo rato en el parque, mientras cortaban flores y platicaban de su día.

—Hoy en mi escuela, un viejo se sentó a vender pollitos —le contó Gerardo—. Eran pollitos de colores.

—¿Y se veían bonitos? —Le preguntó Hania

—Sí, ¡imagínate cuántas plumas tuvo que pintar ese viejo!

Luego de un rato, cuando el atardecer pintaba el cielo de colores brillantes, ambos niños suspiraron. Entonces Gerardo dijo:

—Ojalá no tuviéramos que regresar a nuestras casas.



Hania entendía lo que quería decir Gerardo y añadió:

—Ojalá nos volviéramos plumas y pudiéramos irnos volando sin que nada importara más.

Gerardo se acercó a ella y le tomó la manita. En ese momento, parecía que el atardecer los zambullía en el aire.

Nadie nunca encontró a Hania y a Gerardo. Los adultos los buscaron por todas partes: debajo de la cama, atrás de los autos, encima de los árboles. Por toda la ciudad corrió la noticia, pero nadie alzó la vista al cielo, donde un par de niños habían suspirado al atardecer.



8. Solecito

Cuando vi la caja llena de pollitos de colores, no dudé un solo segundo en decirles a mis abuelos.

—¡Por favor! ¡Por favor! —Les insistí cuando les pedí que me compraran uno.

Sin embargo, abuelito y abuelita no me respondieron, me tomaron de la mano y caminamos un par de calles hasta llegar a su casa. La casa de mis abuelitos estaba llena de flores y de adornos.

—Inés, te vamos a llevar a un lugar muy bonito cuando terminemos de comer —me dijeron.

¡Y cómo fue! Después de comer nos subimos al coche del abuelo y comenzamos la marcha hacia aquel misterioso lugar del que los abuelitos no me habían contado nada. Atravesamos muchos lugares de la ciudad hasta que por la ventana los edificios se volvieron lejanos y el ruido había cambiado. Ahora veíamos pasar los pastizales y el aire olía a hierba. Cuando abuelito estacionó el automóvil, yo todavía no sabía a dónde me habían llevado.

—Es una granja, mi niña —me dijo mi abuelita— ¿Nunca habías venido a una?

Yo le respondí que no., pero me gustaba mucho lo que veía: era un terreno enorme de hierba verde, había un par de vacas a lo lejos y un montón de borregos comiendo pasto. La granja estaba cercada con palos y en medio de ésta se alzaba una gran casa blanca que tenía muchas ventanas. Un señor se nos acercó: era el dueño de la

granja. Nos saludó sonriente y nos ofreció un vaso con agua fresca.

—Trajimos a Inés porque queremos adelantarle su regalo de cumpleaños —dijo abuelito guiñándole un ojo al dueño.

El hombre nos llevó a una bodega junto a la casa; los abuelitos se pararon en la entrada y me dijeron que fuera a escoger mi regalo de cumpleaños.

Yo no entendía nada, ni tampoco sabía por qué me mandaban a esa bodega tan oscura y que olía tan extraño. Di un paso, otro paso, hasta que poco a poco me di cuenta de que en la penumbra de la bodega se veían unas figuras luminosas corriendo y picoteando la tierra: eran muchos, docenas, cientos de pollitos pequeños que piaban mientras caminaban por aquí y por allá.

Entendí entonces lo que estaba pasando: los abuelitos me habían escuchado y ahora me querían regalar un pollito. La verdad es que yo estaba fascinada, había tantos y tan bonitos que no sabía cuál escoger; me agaché un poco para verlos de cerca y fue uno, uno solo, el que se acercó a mi mano.

—¡Qué bonito estás! —Le dije a ese pollito. Era un animalito redondo y esponjado que tenía las plumas muy suaves y brillantes. Era de un color amarillo muy pálido, como si lo hubieran puesto al sol y se hubiera quedado impregnado de luz.

—Te llamaré Solecito —le dije.

Con el pollito entre las manos me acerqué a mis abuelitos, quienes estaban viendo el paisaje de la granja.

—¿Te gustó tu regalo, Inés? —Me preguntó abuelito.

Yo le dije que sí y los abracé mucho; estaba muy contenta con Solecito.

Al día siguiente, a la hora de la salida de la escuela, les enseñé a mis compañeros a Solecito, mi nuevo pollito. Lo veían con los ojos muy grandes.

—¡Pero ese pollito no tiene color! —Dijo Ana.

—¡No está pintado ese pollito! —Dijo Nico

—¡Ese pollito no es de color! —Dijo Karina.

Me sentí muy extraña, yo tenía ganas de decirles que Solecito era del color del sol, pero no iban a entenderme; quería decirles que era de color blanco, pero tampoco era así. Definitivamente, solecito era del color de un pollito común, como todos los otros cientos de pollitos que estaban en esa granja.

Aquel día, cuando llegué a la casa de mis abuelos, le di un beso a Solecito y le hice una pregunta muy importante:

—¿Tan difícil es que seas de otro color?

Pero Solecito piaba de vez en vez. Igual y me estaba respondiendo, pero yo no era lo suficientemente inteligente para entenderlo. En eso se me ocurrió una idea: haría un experimento. Rebusqué entre las cajas de colores que tenían mis abuelitos y encontré lo que estaba buscando: unas crayolas. Tomé a Solecito entre las manos y probé con unas crayolas, mientras intentaba que el color se quedara en las plumas de mi pollito. No funcionó. Intenté con los lápices de colores: tampoco funcionó. Utilicé los plumines, ¡ya empezaba a quedarse el color!, pero no era suficiente: a duras penas había unas rayas de color sobre Solecito, que ya se estaba impacientando de estar retenido entre mis dedos.

Vi entonces las pinturas acrílicas, tomé la roja, la abrí y como si mis manos fueran guiadas por algo desconocido, me acerqué a mi pollito como un depredador acecha a su presa.

Solecito debió suponer que algo malo iba a pasar porque intentó alejarse de mí, pero yo fui más rápida y vacié el bote entero de pintura sobre el animalito.

—¡Qué haces, Inés! —El grito de abuelita llenó toda la estancia y yo me di cuenta de la terrible jugada que le había hecho a mi Solecito.

Me solté a llorar, me sentía una persona muy mala, ¿cómo era posible que le hiciera eso a Solecito, si yo lo quería tanto? Mis abuelitos se acercaron a mí, limpiaron el desastre de la pintura y me abrazaron.

—Si pintas de otro color a Solecito, ¿cómo va a brillar? —Me dijo abuelito.

—¿Acaso has visto que el sol se pinta de colores? —Me preguntó abuelita.

Ellos tenían razón, me había dejado llevar por lo que mis compañeros decían.

Me dediqué a bañar a Solecito y a quitarle la pintura. Le cepillé todas y cada una de las plumas y al final le di maíz para que estuviera contento otra vez. A fin de cuentas, yo no quería un pollito con un color en especial, el mío ya lo era.

Un Solecito como el mío, brillaría en todas partes.

9. El color no importa

Cuando Joaquín vio la caja repleta de pollitos no dudó en preguntarle a su mamá:

—¿Me compras un pollito?

Pero su mamá estaba muy ocupada hablando con un cliente que quería comprarle todos los chocolates de su carrito.

Joaquín no había asistido a la escuela. La escuela de Joaquín estaba muy lejos de aquella colonia, más cerca de la casa donde él y su familia vivían.

Ese día, su padre tenía que irse a un pueblo cercano y su madre tampoco podía recogerlo en la escuela pues tenía que vender dulces afuera del colegio de muros amarillos. Joaquín pensaba que le gustaría estudiar en esa escuela, pues los muros estaban pintadas de muchos colores.

Una vez le preguntó a su mamá:

—¿Por qué vendes dulces en esta escuela y no en la mía?

—Mira, Joaquín —le respondió ella—, los papás y las mamás de los niños de esta escuela tienen dinero para comprar dulces a esta hora ¡por eso vengo a vender aquí!

Joaquín le daba la razón a su mamá: por algo no eran los únicos que venían con su carrito de dulces a vender. También había un muchacho que traía un carrito de paletas de hielo; a ese muchacho le iba muy bien cuando era verano, pues a la hora de la salida el sol calentaba la cabeza de los adultos y de los niños y a todo mundo se le antojaba una paleta de hielo.



En cambio, la mamá de Joaquín siempre vendía dulces, pues no importaba si había sol o lluvia, si hacía frío o calor ¡los dulces se vendían siempre!

—Entonces, mamá: ¿Me compras un pollito?

—¿Para qué quieres un pollo si en la casa tu papá tiene muchos?

—Pero no de colores.

—¡Pues no todos podemos tener lo que queremos, Joaquín!

—Respondió su mamá, y de inmediato se puso a atender a un niño que quería unos chicles.

Joaquín vio cómo varios niños compraban los pollitos de colores que estaban adentro de la caja. Uno se llevó un pollito rosa que tenía los ojos cerrados, una mamá había comprado un pollito azul, una niña había escogido el morado y otra más el de color naranja.

Joaquín seguía pensando en aquella caja de pollitos de colores cuando llegaron a su casa. Ya era tarde. Su papá ya había llegado y estaba cocinando la cena. Mamá también se puso a cocinar y Joaquín se escapó al pequeño granero de afuera.

La mamá de Joaquín tenía razón: debía haber algún pollito por ahí. Joaquín se puso a buscar alguna bolita de plumas que pudiera agarrar, pero lo único que veía era a las gallinas batiendo sus alas por los maíces del suelo. Cuando encontrara un pollito, lo pintaría de algún color especial.

Cuando escuchó el piar de un pollito, Joaquín alzó la cabeza, y abrió los ojos y las orejas, para encontrarlo entre las gallinas que no dejaban de pasearse buscando maíz. Intentó seguir el rastro del pollito piando, pero éste parecía

escondese entre los huecos del pequeño granero de la familia.

Después de abrirse paso entre las alas y los picos, Joaquín se encontró frente a un pollito negro, muy negro, que lo miraba y le piaba, como si quisiera contarle algo y a la vez salir corriendo; lo tomó entre sus manos con delicadeza y a la vez no pudo ocultar su tristeza: ¿cómo se puede pintar de colores a un pollito negro?

—Pero, ¿por qué te pones triste? —Le preguntó su mamá—. Tú querías un pollito de colores y el negro es un color también. Es elegante y natural, ¡los pollitos pintados no nacieron así!

Gracias a las palabras de su mamá, Joaquín supo que no había problema con que el pollito fuera negro, pues podían divertirse juntos, cuidarse y pasar el rato piando como pollo y hablando como niño.

Otro día, las clases en la escuela de Joaquín se habían cancelado, pues tenían que reparar una tubería que se había roto durante la noche. Ese día Joaquín volvería a acompañar a su mamá a la escuela de los muros de colores. Él, con una emoción muy grande, tomó al pollito negro y se lo llevó a vender dulces con ellos.

A la hora de la salida, cuando los niños comenzaron a salir, Joaquín se dio cuenta de que el viejo de los pollitos ya no estaba.

Mientras su mamá vendía dulces le pedía a Joaquín que le ayudara a contar las monedas, pero como Joaquín tenía al pollito entre las manos decidió ponérselo en la cabeza. Los niños se fijaban en aquel pollo tan extraño. Joaquín escuchaba que murmuraban entre ellos y lo señalaban con el

dedo y comenzó a sentirse muy incómodo. Bajó al pollito de su cabeza y comenzó a acariciarlo, para que los niños ya no le dijeran nada.

Una niña de trenzas y una gran sonrisa se acercó a él, llevaba entre las manos un pollito naranja.

—¡Nunca había visto un pollito negro! —Le dijo la niña.

—Este pollito no está pintado —le respondió Joaquín—, ¡así nació!

La niña abrió los ojos muy grandes ante ese descubrimiento. Los otros niños, quienes también escucharon, se estaban sorprendidos; entonces, Joaquín lo supo una vez y para siempre: el color no importaba.



10. Toronja

Todos los niños nos sentábamos, durante el receso, formando un círculo. Hablábamos de todo, comentábamos todos los sucesos. Un día, uno de mis compañeros sacó el tema más importante del momento:

—¿Vieron al viejo ayer?

Todos asintieron con la cabeza y comenzaron a parlotear sobre ello. Muchos habían comprado un pollito, ¡yo misma tenía uno! Me lo habían comprado mis papás. Entonces llegó la pregunta principal: ¿cómo se llaman sus pollitos?

—El mío se llama Moradito.

—El mío es Blu-Blu y es de color azul.

—El mío Clorofila porque es verde.

—El mío es Solecito porque brilla como una estrella.

De eso platicaban, cuando me acerqué a ellos, tomé aire y grité a todo pulmón:

—¡El mío se llama Toronja porque es gordo gordísimo y es de color naranja!

Todos me voltearon a ver. Yo sonreía mucho y alzaba la cabeza para que vieran lo contenta que estaba.

—¿Y por qué no le llamas Naranja?

—¡Porque la Toronja me gusta más! —Dije muy decidida.

Yo me llamo Karina, soy una niña muy alegre, llevo trenzas, sonrío todo el tiempo y los niños dicen que siempre voy enseñando todos los dientes. Además, en todo momento me gusta alzar la mano cuando los maestros preguntan algo o cuando la directora solicita a alguien para dibujar un cartel para los baños.

Lo que pasa es que me gusta mucho ayudar a las personas, desde que era muy pequeñita me ofrecía a ayudar a mis compañeros en todo. De hecho, hasta hoy me siguen pidiendo ayuda:

—Karina, ¿me puedes hacer mi tarea de dibujo?

—Karina, ¿me puedes cargar estos libros?

—Karina, ¿me explicas la tarea de matemáticas?

Y como yo no sé decir que no, ayudo a quien me lo pide.

Por eso, cuando papá y mamá me compraron el pollito naranja, me quedé muy sorprendida de que Toronja no me pidiera nada.

—¿No quieres que te ponga más maíz? —Pero el pollito no respondía.

—¿Quieres que te saque a pasear? —Y el pollito tampoco respondía.

Lo tomé entre mis manos y lo mecí por toda mi habitación mientras le cantaba:

—¿Te gusta que te cante o mejor que te baile? —Pero Toronja no me sabía decir nada, de hecho, ni siquiera caminaba. Se hacía bolita sobre sus patas y su cuerpo se parecía cada vez más al de una fruta naranja y redonda. Yo me di por

vencida, Toronja no quería jugar conmigo; tal vez mi pollito estaba cansado de ese día tan agotador. Le armé una gran cama de cartón y lo envolví entre telas y algodones.

—¡Buenas noches, bonita Toronja!

Al día siguiente, el pollito no quiso despertarse. Estaba un poco extrañada, primero, le grité en el oído:

—¡Es hora de levantarse, Toronja! —Pero el pollito no respondió, tampoco respondió cuando le puse un dedo encima y sentí que las alas naranjas estaban frías; lo toqué un poco más, y nada. Los ojitos de Toronja no se abrieron nunca más.

Cuando llegué a la escuela, todos los niños se me quedaron viendo, como si tuviera algo raro en la cara. Yo estaba muy silenciosa y tenía los ojos hinchados, no quería hablar con nadie, sólo quería estar en silencio y dejar de pensar en Toronja.

—¿Qué te pasa, Karina? —Me preguntaron todos mis amigos. Yo les conté que Toronja se había muerto.

—Me desperté y no se levantó, ¡estaba todo tieso! —les expliqué, no pude evitar que unos gruesos lagrimones se me salieran de los ojos y llegaran hasta el suelo.

Los compañeros de mi salón no sabían qué hacer al principio. Parecía que querían llorar también.

Yo no podía con tanta tristeza, sentía que algo se había abierto en mi pecho y nada en el mundo podía cerrarlo otra vez. Lloré y lloré, lloré tanto que no me di cuenta cuando todos los niños y todas las niñas de mi salón se abalanzaron hacía mí y se quedaron pegados un largo rato. Mis compañeros me estaban abrazando y de pronto sentí como si en mi pecho algo estuviera curándose.

La maestra de Matemáticas y el maestro de Español, como yo no paraba de llorar, me llevaron con la directora. Ahí estuve un largo rato secándome las lágrimas y acariciando mis trenzas. No podía dejar de pensar en Toronja; que no la había podido ayudar; que no pude evitar que muriera.

La directora fue muy amable, me dio un té de manzanilla y me regaló un libro para dibujar, que venía con unos colores muy bonitos; también me contó que los pollitos pintados de colores suelen morir pronto porque los químicos les hacen daño.

—¡Menos mal que el viejo ya no está! —Y me guiñó un ojo.

Yo no sabía cuánto tiempo había pasado en la oficina de la directora dibujando y llorando, cuando de pronto la maestra tocó la puerta y me dijo que tenía una sorpresa para mí. Cruzamos el patio y entré en el salón.

Ahí estaban todos mis compañeros sosteniendo una carta que tenía dibujada una toronja redonda y anaranjada. Uno a uno, mis amigos me fueron regalando su carta mientras me daban un abrazo y las gracias.

Al cabo de poco rato, ya no podía cargar todas las cartas bonitas y coloridas que tenía entre las manos. Yo no entendía muy bien por qué habían hecho eso.

—Gracias, Karina —me dijeron mis amigos—, porque así como tú nos ayudaste, ahora te ayudamos a ti. Ya no tenía que pensar en Toronja, como algo triste; algo en mi pecho volvía a cerrarse y a sentirse bien.

11. Cuando tienen hambre, cuando tienen frío

Un día soleado, después de la escuela, Luis llegó corriendo a la puerta de su casa. Lo primero que hizo al llegar fue meterse en la cocina y zarandear a Martita, quien estaba haciendo tortillas en un comal.

—¡A que no sabes lo que me comprará mi papá! —Le dijo Luis muy emocionado.

Martita se limpió las manos en el mandil que traía puesto y se agachó para ver mejor a Luis.

—¡Me comprará un pollito de color! Los vimos hoy: un viejo, muy anciano, se sentó frente a la escuela y vendía pollitos de colores. Yo le pregunté a papá si me compraba uno, ¡y me dijo que sí!

—Ay, pero ¡qué bonito suena eso! —Dijo Martita igual de emocionada que Luis—. ¿Cuándo lo comprarás?

—¡Mañana! —Respondió Luis con una sonrisa bien grande.

Martita alzó la vista y ahí estaba el papá de Luis con el abrigo en el brazo, escribiendo algo en su celular. No podía quedarse a comer porque tenía mucho trabajo: tomó el automóvil y se fue de inmediato. La mamá de Luis tampoco había llegado a comer, también tenía un día muy ocupado y estaba al otro lado de la ciudad.

—Hoy sólo vamos a comer tú y yo —le dijo Martita a Luis, mientras ponía la mesa: acomodó los platos y los vasos encima del mantel, una servilleta al lado de los tenedores y, por



último, un pequeño jarro de cristal que adornó con un par de flores del jardín.

A Luis le gustaba ver cómo Martita arreglaba las cosas sobre la mesa, con tanto cuidado. Veía con atención cuando Martita servía la sopa en los platos y la limonada en los vasos, cuando envolvía las tortillas de maíz en una servilleta de algodón y cuando arreglaba los cojines de las sillas.

—A ver, Luis, vete a lavar las manos.

Luis obedeció de inmediato y se fue directo al baño; era un niño grande, ya había comenzado el segundo año de la primaria y no necesitaba que le dijeran dos veces que tenía que lavarse las manos.

Antes, cuando era más pequeñito, Martita solía cargarlo hasta el lavabo y le ayudaba a enjabonarse las manos. Martita estaba con la familia de Luis desde hacía muchos años, cuando la mamá de Luis todavía era una adolescente. Por eso mismo, Martita conocía la historia de la familia y se la contaba a Luis cada vez que él se lo pedía.

Ya en la mesa y cuando comenzaron a comer la sopa, Martita le dijo a Luis:

—Vas a tener que cuidar bien de ese pollo si quieres que viva muchos años.

Luis seguía emocionado. Y como sabía que era un niño grande le respondió:

—¡Yo seré el mejor cuidador de pollitos, Martita!

Sin embargo, Martita no estaba muy segura:

—Vas a tener que darle maíz cuando tenga hambre.

Y añadió:

—Vas a tener que ponerle muchos trapos cuando tenga frío.

Y por último dijo:

—No se te olvide tratarlo con cuidado, los pollitos son aún más frágiles que los niños y las niñas.

Luis pensó mucho en todo lo que le estaba diciendo Martita.

Al terminar de comer, ella recogió los platos con el mismo cuidado con el que los había puesto antes. Luis le ayudó a recoger los manteles y cuando la mesa estuvo limpia, se puso a dibujar. Hizo un retrato del pollito que tendría entre sus manos al día siguiente; imaginó que tenía al pollito y le preguntaba: “¿Tienes hambre?, ¿tienes frío?, ¿cómo se cuándo te sientes bien o te sientes mal?”. Se dio cuenta de que no era tarea fácil descifrar los sonidos de los pollitos al piar.

Con el pollito en mente, las dudas dejaron cansado a Luis, quien se puso a seguir los pasos de Martita. A veces le pasaba eso cuando no tenía nada que hacer y se ponía a ver todo lo que hacía ella: trapear, cocinar, lavar la ropa, acomodar los estantes, limpiar las ventanas. Martita se dio cuenta de que Luis estaba aburrido.

—¡Mañana los pollitos dirán “pío-pío-pío”! —Dijo Martita tomando la escoba; vio a Luis tan pero tan aburrido, que le propuso ir al parque. Luis no dudó un minuto en ir por su abrigo y salieron a la calle. Atravesaron un par de esquinas y se encontraron con la señora Lulú y al bebé, Miguelito, a quien traía en brazos. La señora Lulú era la mujer que lim-

piaba la casa de los vecinos y, justo como Martita, también se encargaba de cuidar a los hijos de la familia.

—¡Mañana voy a tener un pollito! —Le dijo Luis a doña Lulú.

—¡Qué bonito que vas a tener una mascota! —Le respondió con emoción la señora Lulú.

Mientras se alejaban despidiéndose de la señora Lulú y el bebé Miguelito, Luis se dio cuenta de una cosa: había muchas Martitas en el mundo que cuidaban de los niños. No importaba de dónde fueran o cómo se llamaran; las personas como Martita no sólo ayudaban a las familias con las tareas de la casa, sino que también atendían a niños como Luis y Miguelito cuando tenían hambre, cuando tenían frío.

En el parque, Luis y Martita se pasaron un buen rato entre los columpios y, justo antes de que llegara el atardecer, regresaron a la casa con la promesa de tomar chocolate con galletas.

Mientras Luis colocaba las tazas en la mesa y se encargaba de poner las galletas en los platos, Martita recibió una llamada.

—¡Tus papás ya vienen en camino y, ¡dicen que les dejemos un poco de chocolate para ellos!

—Pues si no vienen rápido ¡me voy a acabar todas las galletas! —Le respondió Luis riéndose.

Martita se acercó a Luis y le acarició la frente y el cabello:

—Tú sabes que ellos te quieren mucho. Y porque te quieren mucho, trabajan tanto.

Luis lo sabía, lo sabía muy bien. Martita se lo decía cada vez que podía:

—¡Pero ellos te quieren recién bañado! Vamos, que el agua ya está caliente.

Cuando se acabaron las galletas y las tazas quedaron limpias en el fregadero, Luis preguntó:

—¿El pollito se podrá bañar conmigo?

Y Martita respondió de inmediato:

—¡Por supuesto que no! Los pollitos se bañan ellos solos con un poquito de agua, si lo metes a la regadera contigo se puede ahogar. Mejor que se quede afuera viéndote.

Cuando acabó la ducha y todas las burbujas ya estaban explotadas por todo el baño perfumado, Martita se puso a cepillarle el cabello.

—¿En qué estás pensando, mi niño? —Le preguntó Martita.

—Martita —le dijo Luis—: si yo cuido al pollito como tú me has cuidado a mí... entonces ahí sí seré el mejor cuidador.

Con un beso y un abrazo, Luis se fue a dormir con aquella promesa.

12. Rosito

El viejo que vendía pollitos tomó el billete que le dio mamá y me ofreció la caja para que yo escogiera uno.

—Recuérdalo, Nico: te lo compro como regalo de cumpleaños —me dijo mi mamá.

Pero yo no sabía qué color escoger. En la esquina de la caja, uno de los pollitos estaba inmóvil y parecía que los ojos se le cerraban; era un pollito de color rosa. “El rosa es para niñas”, piensan algunas personas. Yo decidí que era buena idea demostrar lo contrario: que el rosa es también para niños. Tomé ese pollito que parecía tener mucho sueño y me lo llevé cargando pegado a mi pecho.

Mamá tampoco entendió por qué había escogido ese color:

—Pensé que te gustaba el azul, Nico.

—¡También me gusta el rosa! —Dije con determinación—. Por eso se llamará... ¡Rosito!

Mamá levantó los ojos al cielo. Nunca le gustan los nombres que me invento.

Cuando llegamos a la casa, Rosito seguía teniendo sueño. Debía despertarlo, por lo que le serví un gran plato de cereal y se lo puse enfrente para que comiera algo: no probó ni una sola hojuela, ¡me lo tuve que comer yo!

Luego, lo metí a un coche a control remoto y lo hice recorrer toda la casa, ¡pero se asustó!



Para que se sintiera mejor, jugué con Rosito veterinario. Lo coloqué encima del escritorio de mamá y le acerqué la lámpara para examinarlo con más cuidado. ¡Rosito comenzó a aletear y abrió sus ojos! Ahora piaba como si estuviera contento, casi podía ver que en su pequeño pico se dibujaba una sonrisa.

Como a Rosito le gustó tanto la lámpara de Mamá, lo metí a una caja con muchas mantitas y le puse todas las lámparas que había en la casa: acomodé la lámpara de mamá, también la de papá, la de la sala, la de la cocina, la del comedor, ¡incluso le acerqué la lámpara de minero que utilizaba para jugar en la noche!

Ahora Rosito piaba de gusto. ¿Quién lo hubiera dicho?, ¡solamente tenía frío!

La tarde se nos pasó rápido, cuando menos me di cuenta ya estaba oscuro; mamá me envió a bañarme y a meterme a la cama porque al día siguiente había escuela. Mientras me secaba las orejas vi que Rosito se había dormido, ¡pero en mi cama! Como no quise despertarlo, me acomodé en una esquinita.

Al día siguiente, Rosito había amanecido pegado a mí, ¡pero muy pegado! Estaba bien escondido, apretujado entre la almohada y mi cuello. Aunque me dio mucha ternura verlo ahí, lo puse de nuevo en la cama para irme a desayunar, pero, ¡comenzó a piar muy enojado!

—¡Ya calma a ese pollo, Nicolás! —Dijo mi mamá molesta con los ruidos de Rosito.

A Rosito le había gustado estar junto a mí. Después de todo, fui yo quien le había quitado el frío. Tuve una gran idea: si Rosito se quedaba en la casa, a mamá le dolería la cabeza de escucharlo todo el día, pero, ¿si me lo llevaba a la escuela?

Cuando llegué al salón nadie sabía mi secreto, y Rosito no se había encargado de revelarlo. Con cuidado puse la mochila cerca de mi pupitre y dejé que las clases siguieran su curso. De vez en vez metía la mano en la mochila para acariciar a Rosito o darle un pedacito de pan que traía en mi lonchera.

Justo antes de que sonara la chicharra del receso, volví a meter la mano para recordarle a Rosito que estaba ahí conmigo, ¡pero no sentí sus plumas! Rebusqué más y más en la mochila y tampoco lo encontré. ¡No podía creer que se había escapado! Llegué a pensar que se había ido al baño, cuando de pronto lo escuché piar en una parte del salón.

¡Rosito se paseaba por los pies del profesor!

Todos los niños comenzaron a reírse en voz baja, mientras veían que el pollito rosa se pavoneaba frente la pizarra. Yo no podía ni moverme de la sorpresa, pues no había forma de hacer que Rosito volviera a mi mochila sin que nadie lo viera.

—¿De qué se ríen, niños? —Preguntó el maestro muy extrañado. Entonces bajó la mirada y ahí estaba Rosito piando como siempre, como si tuviera una pregunta muy difícil para él.

Además de sorprendido, el maestro estaba asustado del inofensivo Rosito:

—¡Que alguien lo agarre! —Exclamó el profesor.

Me lancé a agarrar a Rosito, pero sacó energía no sé de dónde y comenzó a correr como nunca. Se me escapaba de las manos y apuraba los pasos por todo el salón de clases. Varios compañeros me ayudaron a perseguirlo, pero tardamos un rato en atraparlo.

¡Quién hubiera dicho que Rosito se reanimaría tanto! Nadie me creería si le dijera que el día de anterior Rosito era un pollo con cara de sueño.

Cuando al fin tuve a Rosito en mis manos, el profesor se puso las manos en la cintura y me dijo con voz seria que no podía traer mascotas a la escuela.

—¡La escuela es para niños, no para pollos! —Dijo el maestro, con decisión.

Cuando regresé de la escuela le conté todo a mi mamá. No entendía por qué había hecho eso, pero su sorpresa fue aún mayor cuando le conté que al profesor le daban miedo los pollitos. De hecho, mamá no paraba de reír.

—Nico, ¿por qué llevaste a Rosito a la escuela? —Me preguntó mamá con una sonrisa. ¡Menos mal que no estaba enojada!

—Tenía miedo de que le fuera a pasar algo —le respondí.

Mamá se volvió a reír y me dio un gran beso en la cabeza. Me prometió que Rosito se sentiría mejor si se quedaba en la casa, en su cajón, y que él me esperaría pacientemente mientras llegaba de la escuela.

Parece que ya no le molestaba que Rosito piara como un loco.

Mamá tenía razón; Rosito y yo teníamos que entender que había tiempo para ir a la escuela y tiempo para jugar.



13. El corral de los niños

El viejo era muy amable. Los niños lo habían conocido cuando llegó a vender pollitos de colores afuera de la escuela.

Era un hombre delgado, con la cara arrugada y las manos bronceadas. Su rostro parecía hecho de madera porque a lo largo de los años el sol se lo había curtido. Había algo más en aquel viejo: sus ojos parecían iluminarse cada vez que alzaba la vista al cielo; eran los ojos de un hombre feliz. Habían aparecido nuevas arrugas en su rostro: eran los trazos de tanto sonreír.

No dejó de trabajar durante días. La directora le había mostrado una esquina del jardín que estaba bastante descuidada, pues no había flores ni árboles. El viejo tomó todas las herramientas y puso un gran lazo amarillo alrededor del jardín para que los niños no fuéramos a tropezar con el martillo o las tablas.

Sin que se diera cuenta, el lazo se había vuelto el escaparate de niños y niñas, pues por varios días un grupo de ojos curiosos lo veían trabajando. Se pasaba los días serruchando la madera, martillando las tablas, acomodando el alambre y pintando los detalles.

Poco a poco, el corral empezó a tener forma; se trataba de un pequeño techo de lámina que albergaba casitas de madera, cada una pintada con un color diferente.

A los niños les agradaba mucho aquel viejo porque siempre contestaba a todas y a cada una de sus preguntas:

—¿Usted vendía pollitos de colores?

—¿Por qué vendía pollitos?

—¿Por qué ya no vende pollitos?

A lo que el viejo les respondía:

—Yo hacía lo que hacía porque pensé que era muy fácil vender pollitos. Así son las cosas en esta vida: hay cosas fáciles y hay cosas difíciles. Las cosas difíciles son aquellas que nos cuestan más pero que nos dan mayor satisfacción al final. Yo me di cuenta de que cuidar pollitos y enseñarles a cuidarlos era mucho más difícil, pero ¿qué creen? ¡me gusta más! De lo contrario, ¿cómo hubiera podido conocerlos a ustedes?

Y los niños se emocionaban, ¡qué importante era ese trabajo para aquel viejo!

Durante los recesos, algunos niños se dedicaban a mirarlo trabajar y él aprovechaba para contarles historias de su vida. Les contaba de cuando trabajaba en una fábrica y lo hacían cargar costales pesadísimos; también les platicaba de cuando construyó su propia casa tal y como estaba construyendo el corral.

Hubo un día en el que las preguntas de los niños no dejaron de llegar:

—¿Qué está construyendo?

—¿Para qué es?

—¿Cuándo estará listo?

—¿Por qué construye esto en la escuela?

A lo que el viejo respondió:

—Es una sorpresa.

Los niños estaban muy interesados en descubrir todo aquello que estaba haciendo. No había día en que no se le acercaran para preguntarle si ya les diría la gran sorpresa.

Así pasaron las semanas hasta que un buen día, reunieron a todos los niños y las niñas de la escuela en el jardín. Una gran manta cubría algo en el techo de lámina. Los niños estaban maravillados de todos los colores con los que el viejo había pintado ese jardín que antes estaba tan descuidado.

La directora, con su usual micrófono, comenzó a hablar:

—Muy bien, niños... como pueden ver, hoy vamos a inaugurar este corral, ¿saben para qué es este corral?

Y toodos los niños gritaron al unísono:

—¡Nooooooo!

—¿Quieren saber? ¿Quieren que les contemos la sorpresa?
—Preguntó la maestra con una gran sonrisa.

Y niños y niñas gritaron en una sola voz: ¡Síiiiiiiii!

—¡No los escucho! —Dijo la directora poniéndose una mano en la oreja.

Niñas y niños gritaron más fuerte, tan fuerte que se escuchó en toda la ciudad:

—¡Síiiiiiiiiiiii!

La directora y el viejo tomaron la manta que cubría el techo de lámina y la tiraron de una vez. Un letrero de colores apareció con el título: “El corral de los pollitos”.

Entonces, el viejo tomó el micrófono y comenzó a hablar:

—Ésta es la sorpresa mis queridos niños. ¿Se acuerdan cuando ustedes compraron un pollito de color? Ahí me di cuenta de que no valía la pena pintar a los pollitos y maltratarlos. Así que le propuse a la directora crear un corral, donde los niños pudieran aprender a cuidar a los pollitos. Así que ésta es la gran sorpresa: ahora, todos los días que vengan a la escuela tendrán la responsabilidad de ayudarme a cuidar de los pollos junto con sus maestros, ¿qué les parece?

Todos los niños aplaudieron y sonrieron entre sí. De pronto, ir a la escuela ya no sólo sería leer libros y apuntar palabras, ni hacer divisiones, ni colorear mapas: ahora tendrían que ser unos niños responsables que alimentarían y limpiarían toda una granja de pollitos que los esperarían cada día.

La idea del viejo había sido un éxito.

A lo largo de diferentes días los niños se organizaban por edades para ir a visitar el corral. Los más pequeños les daban de comer y los más grandes los limpiaban y les revisaban las alas para ver que todo estuviera en orden con los animalitos. Así pasaba el tiempo y los niños estaban contentos.

Un día, el viejo se dio cuenta de algo... los niños eran similares a aquellos pollitos: seres en desarrollo que los padres depositaban en ese gran corral de muros amarillos que llamaban escuela.

A la hora del receso, los mismos niños de siempre se acercaron al corral de los pollitos y el viejo les contó aquella idea.

—Si se dan cuenta, así como los maestros cuidan de ustedes así también ustedes tienen que cuidar de estos pollitos.

Los niños se miraron unos a otros y comenzaron a bombardear al viejo con preguntas:

—¿Y tenemos que enseñarles a leer y a escribir?

—¿Tenemos que enseñarles matemáticas?

—¿Tenemos que regañarlos cuando se porten mal?

El viejo se reía con cada pregunta que le hacían. Cuando se detuvo, se dirigió a los niños y les dio una respuesta muy importante:

—Ésa es la magia de los corrales y las escuelas, niños. Los maestros ayudan, los libros también, ¡incluso las pelotas y las loncheras llenas de sándwiches! Sin embargo, los pollitos no necesitan que ustedes les enseñen a crecer, ¡pues ellos mismos lo aprenderán! Y cuando menos se den cuenta, se habrán convertido en gallos y gallinas fuertes y llenos de plumas.

El viejo terminó su relato con una sonrisa misteriosa:

—Así pasa también con los niños: de quien realmente aprenderán... es de ustedes mismos.

La chicharra sonó y los niños se fueron de ahí aleteando sus plumas de colores.



14. Arcoíris

El día de ayer iba caminando por la calle cuando me encontré a un viejo que vendía pollitos de tela; estaban muy bonitos, eran rechonchos y tenían las plumas hechas de estambre. Me gustaron tanto que le compré uno, el más especial, el que tenía todos los colores.

Estaba muy contenta con mi pollito de tela color arcoíris, cuando me vino a la mente una pregunta con la que me gustaba jugar de niña: si pudieras elegir un superpoder, ¿qué superpoder querrías tener?

Era una pregunta difícil. ¡Había tantas cosas que me gustaría ser y hacer! Por ejemplo, ser invisible para escuchar lo que las personas hablaban de mí; correr muy rápido para llegar a donde quisiera, o teletransportarme a todos los lugares en un tiempo muy cortito, o sacar fuego por las manos para impresionar a mis compañeros y para nunca pasar frío. Había una oferta ilimitada de superpoderes que me hubiera gustado tener.

Sin embargo, cuando llegó el momento de responder a esa preguntotota, casi siempre decía:

—Yo escogería volar.

La verdad es que no sabía si realmente quería eso, pues ante mucha altura yo sentía vértigo y llegaba a tener miedo en las montañas rusas. Pero cuando frente a mí se alzaba un paisaje muy vasto, cuando veía un horizonte lleno de edificios o cerros, ahí era cuando hubiera dado lo que sea por poder irme flotando por el aire.

Algo parecido me pasaba cuando veía por la ventana de mi habitación, me gustaba clavar los ojos en lo más lejano que viera, fuera una montaña o un edificio, y me imaginaba a las personas que se encontrarían ahí. Y, por supuesto, también me imaginaba cómo sería mi recorrido si me fuera volando hasta allá. Había muchos beneficios de saber volar.

Llegué a preguntarme si no me gustaría ser un pájaro. Y lo pensé y lo pensé; sólo que yo no podía saber qué tipo de pájaro me quedaría bien ser. Consideré que para escoger ser un pájaro debía guiarme por algún color. Y volví a pensar y pensar hasta que concluí que me gustaban todos los colores.

Me gustaba el morado por ser tan misterioso; el azul porque de ese color eran todos mis pantalones; el verde porque de ese color son mis ojos; el amarillo por ser luminoso; el naranja por cálido; el rosa por bonito; el negro porque es muy elegante, y todos mis dibujos los hacía con tinta negra.

No podía escoger un solo color; no podía ser ningún pájaro y, por lo tanto, por indecisa me quedaba siempre sin poder volar.

Conforme fui creciendo me comenzaron a gustar más y más las alturas, sobre todo aquéllas en las que sabes que no hay peligro, como un elevador o una montaña rusa de gran velocidad. ¡Esas alturas sí me gustan! Sin embargo, no es lo mismo que volar.

Entonces, como las cosas que se nos presentan sin que nos demos cuenta, fui adquiriendo un superpoder: escribir. Escribía y escribía. Ya no sólo me quedaba frente a la ventana pensando en el edificio lejano o en la montaña del valle: ahora me lo imaginaba y lo escribía. Comencé escribiendo cómo sería visitar el mundo. De pronto, a través de conocer las letras pude imaginarme otros planetas y otros escenarios, incluso, podía conocer a otras personas. Podía escribir de

viejos que vendían pollitos o de niños con preguntas en su cabeza; podía escribir de todo.

Y así seguí escribiendo, escribía de todo.

Yo no tenía que elegir ser un pájaro; ahora podía ser todos los animales que quisiera ser: un perro, una ballena, un halcón, un jaguar. Y mejor aún, podía tener los colores que quisiera, explorar los lugares que se me antojaban, aprender todo lo que yo quisiera y utilizar mi mente para entender el mundo.

Ya no hacía falta pensar en superpoderes enormes, ni tampoco en habilidades mágicas, pues yo misma podía ser la más grandiosa heroína si me ponía a escribir sobre ello.

De hecho, poco a poco me fui dando cuenta de que no era la única con ese superpoder. Otras personas más sabias y viejas que yo también lo habían encontrado y se dedicaron a escribir libros que ayudaban a que niñas y niños, como yo, se sintieran parte de esa magia.

Cuando la pregunta: “¿Y tú qué superpoder quieres tener?” se puso de moda yo recuerdo pasarme las tardes buscando algún texto que mis ojos no hubieran capturado antes.

Era curioso porque, aunque me gustaba ver paisajes en la orilla de un acantilado o el cielo desde mi ventana... también había encontrado esas puertas que tenían papel y tinta.

De niña yo había llegado a flotar por los aires con las palabras que habían escrito otras personas. Hasta que descubrí que yo podía volar y ser de todos los colores sin tener plumas.

ÍNDICE

1. El viejo que vendía pollitos	5
2. Moradito	13
3. Hoy vamos a ser pajaritos	19
4. Blu-Blu	25
5. Cuando acaban de nacer	29
6. Clorofila	35
7. Ojalá nos volviéramos plumas	39
8. Solecito	43
9. El color no importa	47
10. Toronja	53
11. Cuando tienen hambre, cuando tienen frío	57
12. Rosito	63
13. El corral de los niños	69
14. Arcoíris	75

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero
SECRETARIA DE CULTURA

Marina Núñez Bernal
SECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

Omar Monroy Rodríguez
TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Esther Hernández Torres
DIRECTORA GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL

Guillermina Pérez Suárez
COORDINADORA NACIONAL DE DESARROLLO CULTURAL INFANTIL

Los pollitos de colores, escrito por María Fragoso Mora e ilustrado por Michelle Veloz, se terminó de imprimir en el mes de julio de 2022 en la Ciudad de México, en los talleres de Ediciones Corunda, S.A. de C.V.

El tiraje constó de tres mil ejemplares.